

PATERNIDADES CREATIVAS.

FRANCESC J. HERNANDEZ I DOBON¹

Huerta, R. (2013): *Paternidades creativas*. Londres, Barcelona: Editorial Graó (Col. Micro-macro referencias, 40.), 160 pp.

ISBN: 978-84-9980-526-9

P*aternidades creativas* puede considerarse un libro de sociología de la educación, aunque no aporte nada a la sociología de la escuela. No es un libro de autoayuda, aunque puede brindar apoyo. Incluso está redactado, como se suele decir, desde la perspectiva de género, pero no se trata en sus páginas de la discriminación de la mujer, sino de la situación, también deficitaria, de un grupo de personas del “primer” género: los padres. Porque se equivocan las personas que creen que los estudios desde la perspectiva de género son estudios sobre “un” género. *Paternidades creativas* es un libro de, si se permite el neologismo cuya autoría reclamo porque no lo recoge todavía Google, *patergogía*, es decir, de educación paternal –de padres– (y no parental –de padres y madres–). O, si se prefiere, es un libro que versa sobre la intersección entre la sociología de la masculinidad, o mejor, de las masculinidades, o mejor todavía, de las masculinidades no masculinizantes, y los procesos formativos.

La paternidad (no la parentalidad) está prácticamente ausente del debate científico e, incluso, de la polémica social. Es un efecto de la polarización ideológica que sufrimos. Pondré un ejemplo simplista. El ministro Gallardón anima una reforma de la ley sobre la interrupción voluntaria del embarazo. Su argumento viene a ser: si hay fecundación, hay maternidad; si hay madre, hay hijo o hija, que, por ende, debe ser parido o parida. La oposición argumenta en sentido contrario, pero manteniendo las ecuaciones básicas: si no hay parto, no hay persona, ergo no hay maternidad, sino sólo un cuerpo del que sólo puede decidir su propietaria. Dejando de lado el asunto de las adopciones, ambos argumentos coinciden en reforzar el vínculo maternidad-parto, y dejan en un punto ciego el asunto de la paternidad: parentalidad se reduce a maternidad. Enfoquemos entonces el objeto “paternidad” (o paternidades). ¿Cómo lo abordamos científicamente? Podemos hacerlo “aristotélicamente”, buscando un saber que

¹ Francesc J. Hernández i Dobon. Francesc.J.Hernandez@uv.es; Departament de Sociologia i Antropologia Social. Universitat de València

permita una clasificación rigurosa, tal como proceden algunas ciencias naturales; o también podemos abordarlo “platónicamente”, sin buscar una taxonomía, sino más bien una intelección, un alumbramiento que sirva a la acción práctica. En la orientación platónica del saber, más infrecuente pero no por ello menos científica, el conocimiento es un acto rememorativo, lo que quiere decir, un ejercicio del alma que predispone a la contemplación de las ideas, que culminan en la del Bien. Se trata de despojar a la psique de aquellas impurezas con las que va quedando lastrada por la vida y hacer que retorne a una primigenia contemplación de lo absoluto. Por ello, saber es, en definitiva, recordar, una gimnasia del alma inherentemente moral. Sloterdijk ha hablado de filosofías masculinas y femeninas. Discrepo de sus afirmaciones, pero en este caso la distinción podría, tal vez, resultar adecuada. El libro *Paternidades creativas* procede del segundo modo, lo que se fundamenta, en definitiva, en la imposibilidad de adoptar una fría distancia taxonómica: todas las personas hemos experimentado, al menos, una paternidad.

Huerta elabora su libro utilizando el procedimiento platónico por excelencia: el coloquio. Como en los diálogos del fundador de la Academia, lo importante es acompañar mayéuticamente al lector o a la lectora, alumbrarle el camino para, podríamos decir recordando la sentencia de Simone de Beauvoir, si es el caso, “devenir padre”, y si no lo es, entender ese proceso. Se podría decir que los doce capítulos del libro recogen prácticamente diálogos, confrontaciones con testimonios de padres (no recogidos *verbatim*, sino recreados sin eludir la ficción y con gusto por la buena expresión), con obras literarias (desde J. Manrique hasta C. McCarthy, sin olvidar *In Cold Blood* como *filo rosso* del libro), con producciones cinematográficas (desde De Sica a Pixar), con obras de arte (que Huerta conoce bien por su facetas de artista y profesor de didáctica de la expresión plástica), con composiciones musicales y con relatos mitológicos (otro acertado guiño al discípulo de Sócrates, que, por el interés que tienen, bien podría aumentar el autor en sucesivas ediciones). Como el filósofo griego, Huerta no pretende agotar los asuntos sobre la paternidad, ni tan siquiera completar su nómina, porque lo importante es el proceso, la dialéctica del alumbramiento.

Siguiendo a los pitagóricos, Platón defendió que el punto de partida del conocimiento es la admiración ante el orden cósmico, que en su caso se teñía con el dolor ante el proceso de Sócrates. Allí donde se vincula lo taumátúrgico y lo traumatúrgico puede alumbrarse el camino a una *episteme* que busque la contemplación del bien. Del mismo punto parte Huerta. Se combinan en la motivación del libro la admiración ante el eterno devenir de lo paternal (todos tenemos un padre) y la eventual sustracción de su capacidad de realización que, en casos de separación, efectúa el aparato jurídico. Y, como suele acaecer en la ciencia no aristotélica, desde Platón a Rousseau, pasando por Agustín o Pascal, la biografía se entremezcla con el diálogo, la confesión con la ciencia. Por ello, declarar públicamente (lo que hace el profesor) es enunciar con los demás (practicar la confesión). De lo que se trata, pues, no es de ilustraciones, sino de vivencias. O, mejor dicho, del relato de las vivencias que es, como todo aprendizaje, esencialmente narrativo (como defiende Ivor Goodson). La defensa de la propia coherencia (recuérdese que el primer diálogo de Platón es la *Apología*) surge de la propia biograficidad (en concepto de Peter Alheit y Bettina Dausien). Por ello, lo creativo no es la producción de lo ajeno, sino la instauración de la armonía propia como garantía de la vida y viceversa. He aquí la justificación del adjetivo del título. Según una de las mitologías a las que se refiere Huerta (p. 147), el laud que

tañe melodiosamente el personaje mitológico de Arión para embelesar al delfín y no perecer en el piélago al ser rescatado por el cetáceo. El laud es la metáfora de la creatividad.

En este ejercicio de profesar-confesar, Huerta no elude ni la narración en primera persona, ni los temas conflictivos, ni la toma de partido. Por ello, el autor considera, entre otros, el asunto de los padres que declaran su homosexualidad o las familias reconstruidas con padres homosexuales. “Salir del armario” no es más que aparecer en el ágora. Y en este asunto también el libro parece seguir implícitamente al fundador de la Academia. Cuando se habla de amor platónico habría que recordar que el discípulo de Sócrates (y tal vez su maestro) quedaron cautivados por Alcibíades.